

## Sobre pintura gallega

### Consideraciones generales

#### I

Entre los diversos problemas planteados al pueblo gallego en estos tiempos de ansias de resurgimiento, ninguno tan altamente simpático, por la gran espiritualidad que encierra, como el problema de la pintura gallega.

A pesar de la larga preparación realizada durante el siglo pasado y lo que va del actual,—preparación que ha exigido lucha ruda, esfuerzos penosos y audaces tentativas,—en esta rama del Arte estamos todavía formándonos, siendo aún una incógnita la dirección y potencialidad que llegará a alcanzar en nuestra región.

Pintores hubo en Galicia antes del siglo XIX,—y algunos de mérito, como Gregorio Ferro;—pero nada quedó de ellos que los pueda definir como precursores de un arte que refleje el alma gallega. No ocurre esto hasta que aparece la figura de Genaro Pérez Villaamil, el gran pintor romántico, que, aunque formado artísticamente lejos de Galicia, conserva siempre en sus obras un sentimiento de las cosas que es genuinamente gallego, algo así como el acento de nuestro dulce lenguaje conservado a través de las andanzas por el mundo.

Su dulzura, no exenta de energía, su afán a lo poético y misterioso, su mismo temperamento andariego, atrevido, innovador y lleno de delicadezas al propio tiempo, son cualidades que parecen reflejar los rasgos más característicos de la raza.

Es, además, el primero que atiende a los paisajes y costumbres de la *tierra*, abarcándola toda con su imaginación ardiente, desde las suntuosidades de Compostela hasta los abismos llenos de encanto y misterio de Caaveiro y del rudo Andrade.

Es, asimismo, el primero que se preocupa de la difusión de la cultura artística en Galicia. Rompióse con él la débil tradición académica de los Bouza y los Ferro; y en el hoy venerable Avendaño recayó la herencia artística de Villaamil, que trató de aumentar con nuevas conquistas técnicas, obtenidas por derroteros distintos del maestro, pero que contribuyen a engrosar el caudal común de valores artísticos gallegos.

Surgen en seguida las primeras Exposiciones regionales, y con ellas las Secciones de Bellas Artes, insignificantes en sus comienzos, pero de una influencia decisiva para el fomento de la afición artística. Santiago, en primer lugar, Pontevedra, Orense, Coru-

ña y Lugo, van así reuniendo, con estos certámenes modestos, los primeros materiales destinados al edificio del arte regional. Las escasas pensiones que las Diputaciones y Ayuntamientos conceden, colaboran también con su tanto en esta obra.

Toda una pléyade de pintores va apareciendo: Leopoldo Villamil, Silvio Fernández, Modesto Brocos, Navarro, Jaspe, Guisasaola, Souto Ramos, Fierros, Parada Justel, Ovidio Murguía, Vaamonde, Carrero, Sotomayor, Díaz González, Llorens, Fernández, Sobrino, Corredoira, Máximo Ramos, Bortajo y otros muchos.

Desenvuélvese la obra de casi todos ellos dentro de las corrientes generales de la pintura española, y la influencia de la labor de algunos de estos pintores se dejó sentir beneficiosamente en el país. Con algunos,—muy pocos,—apuntó la tendencia, bien instintiva, bien calculada, de conseguir en Galicia una modalidad artística independiente de la que informaba entonces el espíritu de la pintura nacional.

Entre estos merecen señalarse los nombres del asturiano Dionisio Fierros y el de nuestro paisano Alfredo Souto Ramos, que dedican toda su actividad a reproducir el paisaje y las costumbres gallegas, consiguiendo en algunos cuadros una intensidad de sabor tal, que marca perfectamente el comienzo de una evolución que tiende a expresar con toda claridad sentimientos genuinos del alma gallega.

Contribuyen a esta obra los caricaturistas, que germinan espontáneamente en el país con la misma lozania que el tojo en los montes; y primero José Lorenzo Alvarez (Tabarra), y más tarde Alfonso Rodríguez Castelao, Karicato, Valbuena, Lourido y otros varios, ahondan también con su lápiz, entre picardías y donaires, en el campo de esta sugestiva modalidad del arte.

La Exposición regional de Santiago de 1909, aunque pésima por su ejecución, fué utilísima para el arte por sus resultados. Atendiendo al gran número de obras allí presentadas, puede asegurarse que ha sido la más importante de las realizadas hasta entonces en Galicia, y, a pesar de no ser completa, y de estar muy mal dispuesta la exhibición, pudo apreciarse en ella el mucho terreno ganado. Con muy buen acuerdo se prodigaron abundantes recompensas entre los jóvenes pintores gallegos, y, por primera vez, se habló en nuestra tierra de PINTURA GALLEGA y de ARTE REGIONAL, en el sentido verdaderamente transcendente que tienen estas palabras.

Lo acaecido después está en la memoria de todos. La potencialidad, cada vez más pujante, de esta legítima aspiración, tuvo su momento expresivo en la Exposición de Pintura Gallega, de Madrid, y en la de la Coruña del pasado año de 1912. En ambas se demostró fuerza de arte y se vieron los elementos poderosos con que se cuenta hoy para ir resueltamente a la conquista del porvenir.

Alcanzóse en Madrid un éxito halagador, pese a los espíritus

pesimistas, y triunfóse en la Coruña ante la opinión consciente, a pesar de la displicencia y el despego con que la prensa coruñesa acogió este meditado movimiento y estos primeros esfuerzos que tras un noble ideal realizaban los jóvenes pintores gallegos.

No desanimaron éstos, antes al contrario, crecieron ante la injusticia; y hoy en día, una verdadera cohorte de ellos, abandonando los ideales de otras artes, sin duda hermosos pero no nuestros, vuelven su vista a lo más íntimo de Galicia y trabajando sobre su bello suelo van cincelandos con entusiasmo la rica joya labrada en el oro virgen que pródiga la madre les ofrece y que, en su día, han de legar a una generación futura más afortunada y más comprendida.

Alentaron cariñosamente este surgir modernísimo muchos literatos y periodistas gallegos; y los nombres de Vesteiro Torres, Murguía, Solá, Castro López, Basilio Alvarez, Canitrot, Tenreiro, Leopoldo Basa, etc., etc., irán por siempre unidos a la historia de estos esfuerzos.

Leopoldo Basa, en Buenos Aires, hizo algo utilísimo para el arte gallego publicando una hermosa obra, en forma de álbum, y a todo lujo, con la reproducción de los principales cuadros de Dionisio Pierros, acompañados de una amplia y documentada biografía y juicios críticos sobre el arte y la labor de tan distinguido artista. Esa obra notable constituye la primera monografía publicada sobre artistas gallegos. La labor, generosa y patriótica, iniciada por el señor Basa, debe ser proseguida y ampliada, pues conviene que el recuerdo de los precursores no se pierda, y que sobre los esfuerzos hechos no siga tendiéndose el velo del olvido.

Dignas de análogo homenaje son las obras de Avendaño, Souto Ramos, Vaamonde, Ovidio Murguía, y, muy especialmente, las del gran romántico Pérez Villaamil que, por su intensidad, genialidad y abundancia, están reclamando de los gallegos ese honor.

Pesa, además, sobre Villaamil, un olvido insensato y un desconocimiento incalificable de su producción; y es preciso, equitativo y justo, que esto tenga una cumplida rectificación.

#### Genaro Pérez Villaamil

## II

Es inconcebible el desconocimiento que se tiene hoy día de este gran pintor que llenó con los resplandores de su genio veinte años de la vida del arte español en la primera mitad del siglo XIX. Y este desconocimiento no es tan sólo por parte del vulgo, sino también por parte de los actuales críticos de arte españoles, dándose una vez más el triste caso de que sean los extranjeros los que nos hablen de él y nos recuerden su extraordinaria producción y la influencia que ejerció sobre la juventud artística de su época.

Exceptuando Alcántara, Balsa de la Vega y algún otro, son contados los que conocen a fondo su labor inmensa.

En la Exposición de Arte regional celebrada el pasado año en el Centro Gallego, de Madrid, junto con las obras de los pintores actuales, se exhibieron cuatro soberbias acuarelas de Villaamil, dignas de la mayor admiración, y uno de los críticos al uso, al hacer la reseña de la Exposición, decía que "Villaamil era un *muñacho que prometía mucho*". El *sabio* crítico ignoraba que Villaamil hace sesenta años que descansa bajo tierra.

Para que se vea lo injusto del olvido que pesa sobre nuestro ilustre paisano, trazaremos a grandes rasgos su biografía.

Genaro Pérez Villaamil nació en el Ferrol en 1807. Hasta los 20 años se dedicó a la milicia, profesión que abandonó siendo ya oficial de Estado Mayor, para dedicarse enteramente al arte. Su carrera fué rapidísima. Lo vemos formado, casi sin maestro, obtener grandes triunfos en una excursión por América y regresar a España precedido de una gran reputación. Desde este momento se le ve escalar una por una todas las altas posiciones, y alcanzar los honores y distinciones a que un pintor podía aspirar entonces en España.

Sucesivamente es nombrado Profesor de la Escuela de Arquitectura, Académico de Bellas Artes, pintor de cámara de S. M., y en 2 de Febrero de 1845 alcanza los honores de director de la Real Academia de San Fernando.

A todos los acontecimientos interesantes para las artes, ocurridos entonces, va unido su nombre. Pasa por la Directiva del Liceo Artístico y Literario, haciendo desde allí una labor cultural intensísima. Es de los fundadores del Ateneo, y contribuyó a la organización de las primeras Exposiciones generales de Bellas Artes.

Al mismo tiempo realiza una obra pictórica de gigantescas proporciones. Veintidós años de constante dedicación al trabajo que dan por resultado la ejecución de 3.000 cuadros y unos 10.000 apuntes y bocetos, que son acabadas obras maestras.

Viajó por toda Europa, y todo cuanto de interesante tienen en arquitectura España y Bélgica, ha sido recogido por su lápiz o su pincel, en sus álbumes o en sus cuadros, de una espiritualidad, poesía y franqueza de toque enormes. Ellos traen a España el soplo vivificador del Romanticismo, que, ensanchando el campo estrecho en que encerró al Arte español el *neo clasicismo*, había de allanar el camino por donde llegarían con el tiempo las modalidades artísticas modernas.

Villaamil, como le llamó Madrazo, es un artista panteísta. En sus grandiosas composiciones lo abarca todo con sin igual pasión. Mares, montañas, puertos, monasterios, castillos, costumbres, todo desfila por sus obras dejando un aroma de delicada poesía. En unos versos magníficos que dedicó Zorrilla a Villaamil, hace resaltar este carácter panteísta en todo su valor. Hay en la obra

de Zorrilla, poeta, y en la de Villaamil, pintor, una perfecta penetración.

En la ejecución de arquitecturas Villaamil se revela portentoso. No es posible pasar por alto su estupenda obra titulada "La España Artística y Monumental", colección de extraordinarias litografías, bastantes por sí solas a hacer la reputación de un artista. Y es de advertir que estas litografías, con ser admirables, no pueden compararse con el encanto de las acuarelas originales.

Villaamil murió en 1854, colmado de honores, cruces y encomiendas, que llovieron sobre él, desde la Legión de Honor hasta la de Carlos III. Distinguiéronle con su trato casi todos los soberanos de Europa, de algunos de los cuales aun conservan sus descendientes cartas autógrafas. Le honraron con su amistad los más grandes poetas y literatos de su época; y Zorrilla, Espronceda, el Duque de Rivas y algunos otros, le dedicaron entusiastas composiciones.

Sus cuadros quedaron repartidos por casi el mundo entero. Bélgica posee más de quinientos, y en Inglaterra, Alemania, Francia, etc., etc., hay importantes colecciones. En España se conservan muchas de sus obras en el Palacio Real de Madrid, y en los de algunos particulares de la alta aristocracia. El Museo Nacional, en cambio, sólo posee un cuadro suyo.

Recientemente se ha celebrado en el edificio del Banco Hipotecario una Exposición de los mejores pintores de la primera mitad del siglo XIX, organizada por la "Sociedad Amigos del Arte" (que constituyen las principales personalidades de la alta aristocracia y de la intelectualidad), en la que se presentaron un número considerable de obras de Villaamil, mereciendo especial mención entre ellas un paisaje de "Los Picos de Europa", hermoso cuadro propiedad de S. M. el Rey, y que nos habla de la magia del encantado pincel de Pérez Villaamil. Se exhibieron, además, una serie interesantísima de óleos y acuarelas, algunas de las cuales son de una ejecución portentosa y de una poesía que supera a toda descripción. Entre estas maravillas no podemos dejar de citar las vistas de Gante y Bruselas, y el "Salón del Trono del Palacio Real de Madrid". Siete álbumes de magníficos dibujos completaban la instalación, haciéndonos admirar otro aspecto del talento de este extraordinario pintor.

De su acendrado amor a Galicia son prueba fehaciente dos curiosos documentos que conservan todavía sus descendientes. Es uno de ellos un proyecto en que empieza describiendo la triste situación artística de Galicia, y propone al Gobierno la fundación en la Coruña de una Academia de Bellas Artes, para la cual Villaamil (a la sazón director de la de San Fernando), ofrecía su concurso gratuitamente. El otro documento es otro proyecto en el que propone la formación de un Comité encargado de inventariar y velar por la conservación de las riquezas arqueológicas y artísticas de Galicia. A ninguno de estos proyectos atendió el Gobierno español, ocupado como siempre, sin duda, en mezqui-

nas combinaciones de política menuda. Y Galicia quedó en el mismo estado de abandono y desamparo en lo referente a cosas de Arte.

Villaamil fué el primero que se interesó por el fomento de la cultura artística en Galicia, el primero que vió claro, y esto lo hace aún más acreedor a nuestra gratitud.

Respecto a su obra pictórica, que es colosal, conviene que los gallegos continuemos ocupándonos de su rehabilitación. Ya que tan escasos de glorias estamos en esta rama del arte, hagamos que brille ésta con todo el esplendor que en justicia le corresponde.

Este gran revolucionario de la pintura española, que era todo genio y pasión y que llenó con sus obras singularísimas y enérgicas una página del arte nacional en el siglo XIX, fué un indiscutible precursor de la pintura gallega. En su obra general palpita todo el lirismo del alma de nuestro pueblo, y,—como dijo Alcántara,—legó una tradición que la futura escuela de la pintura gallega debe continuar.

PAYO FRAYÁN.

Madrid, 1913.



## Luchemos

Barramos de la tierra la inmunda podredumbre  
que todo lo infecciona con su infernal malicia;  
barramos ese foco de estúpida injusticia  
que vive del producto de nuestra mansedumbre.

Unámonos. Luchemos. Hay que escalar la cumbre;  
hay que ganar la altura do el aire no se vicia;  
hay que extirpar el germen fatal de esa inmundicia  
que impone sus miserias al miedo y la costumbre.

Barramos esa lepra que infecta los hogares  
humildes; destrocemos las trabas seculares  
que al alma labradora le sirven de cadena.

Labriegos: no os importe que el temporal arree;  
avante sin temores: ¡Viva la humana especie  
con callos en las manos y la barriga llena!

FRANCISCO SÁNCHEZ GARCÍA.

Teijeiro (Coruña) 1913.